

Olivia Kindl  
(El Colegio de San Luis)

## DEBATES EN TORNO A ORÍGENES COMUNES ENTRE *WIXARITARI* (HUICHILES) Y GUACHICHILES. ENFOQUES HISTÓRICOS, LINGÜÍSTICOS Y ANTROPOLÓGICOS EN UN MOSAICO CULTURAL DEL SEPTENTRIÓN MESOAMERICANO

Fecha de recepción: 10.05.2019

Fecha de aceptación: 01.09.2019

**Resumen:** A partir de una revisión de fuentes históricas, confrontadas con las teorías antropológicas y lingüísticas que han planteado o refutado vínculos de ascendencia biológica y cultural entre los antiguos guachichiles y los actuales *wixaritari* (huicholes), se reflexiona sobre estas controversias en lo tocante a la relación histórica o filiación directa entre dichos pueblos. En estas discusiones, se verá que la recuperación de narraciones mitológicas de los *wixaritari* ha influido en las interpretaciones de la historia. También descubriremos que la cuestión de la relación entre *wixaritari* y guachichiles está intrínsecamente ligada a la naturaleza histórica de los variados grupos agregados en la franja septentrional de Mesoamérica bajo ese etnónimo náhuatl-español. Según las perspectivas de análisis, ¿quién pudo haber sido esa “gente del desierto” –como suele denominárseles– que vivía en el altiplano potosino antes, durante y después del proceso colonizador? ¿Hay un origen común *wixaritari*-guachichiles? ¿Es pertinente buscar tal origen común?, y, si es así, ¿por qué razones? ¿Resulta más relevante inferir interacciones sociales entre dos poblaciones distintas? Suponiendo que lo anterior fuese correcto, ¿cómo ambos grupos pudieron haber interactuado al compartir tiempo y espacio, así como conocimientos acerca de plantas y animales?

**Palabras clave:** guachichiles, huicholes, origen, historia, mito

**Title:** Debates on the Common Origins of Wixaritari (Huichols) and Guachichils. Historical, Linguistic and Anthropological Approaches in a Cultural Mosaic of North Mesoamerica

**Abstract:** From a review of historical sources, confronted with anthropological and linguistic theories that have proposed or, on the contrary, refuted cultural and biological links between ancient Guachichils and current Wixaritari (Huichols), the article reflects on these controversies regarding the historical relationship or direct filiation between the two peoples. In these discussions, we will see that the recovery of Wixarika mythological narratives has influenced interpretations of history. We also will discover that the question of the relationship between Wixaritari and Guachichils is inextricably linked to the historical nature of the various aggregated groups in the northern fringe of Mesoamerica under this Nahuatl-Spanish ethnonym. According to the analytical perspectives, who could have been those “desert people” who lived in the high plateau of San Luis Potosí before, during and after the colonization process? Is there a common Wixaritari-Guachichils origin? Is it appropriate to seek such common origin and why? Is it more relevant to infer social and historical interactions between two different populations? Assuming

that the latter were correct, how could both groups have interacted to share time, space, physical environment, and knowledge about plants and animals?

**Keywords:** Guachichils, Huichols, origin, history, myths

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo surge a raíz de algunas interrogantes recurrentes formuladas por los *wixaritari*<sup>1</sup> actuales, oriundos de comunidades de la Sierra Madre Occidental, en un territorio repartido entre Jalisco, Nayarit, Zacatecas y Durango: ¿por qué peregrinamos a un territorio tan lejano de nuestras tierras? ¿Cómo nuestros antepasados supieron llegar hasta allá? ¿Cómo fue que los primeros peregrinos a Wirikuta descubrieron el peyote que crece en esas tierras? Tales cuestiones me las han expresado numerosas veces, en particular los peyoteros que viajan regularmente al territorio sagrado de Wirikuta –situado en el altiplano potosino, a unos 400 km de distancia–, en el marco de un largo y complejo recorrido iniciático. Si bien existen muchas respuestas a aquellas preguntas en su mitología, las interrogantes no dejan de guardar cierta aura de misterio para numerosos *wixaritari*. Actualmente, los *wixaritari* siguen recorriendo esos territorios semi-áridos que, en su mitología, son la morada de numerosos antepasados (*kakaiyari*); razón por la cual, en su discurso histórico, la peregrinación a Wirikuta constituye una práctica muy antigua que ellos sitúan antes de la llegada de los colonizadores españoles. Por su parte, los habitantes del altiplano potosino cuentan que hasta donde alcanza su memoria, siempre han visto a los huicholes peregrinar por sus tierras.

¿Cuáles son las respuestas que nos ofrecen la historia y la arqueología a estas preguntas? ¿Existen evidencias de que los *wixaritari* peregrinaron por estas tierras desde antiguo?, ¿o que una parte de la población guachichil, en uno o varios periodos de la historia post-colonial, se replegara hacia la Sierra Madre occidental ante el avance de los conquistadores, en particular a raíz de las masacres y exacciones cometidas desde las primeras incursiones de los mercenarios españoles en el Tunal Grande (cf. Ahumada 1943)? Estas preguntas, ¿acaso son tan solo hipótesis sin fundamentos calcadas sobre discursos mitológicos y cosmológicos (cf. Guzmán y Kindl 2017: 217-265) que buscan legitimar el *native point of view*?

Para intentar imaginar cómo pudieron haber sido los vínculos entre *wixaritari* y guachichiles desde tiempos lejanos, buscaremos respuestas mediante un recorrido por el pasado que se llevará a cabo con una perspectiva de diálogo entre concepciones divergentes de la memoria histórica: la de los vencidos y la de los vencedores, la de los sobrevivientes y la que se pueda conocer de los pueblos considerados extintos hoy en día. Este enfoque ha sido explorado por varios autores, quienes han reflexionado críticamente

<sup>1</sup> Se escribe la palabra *wixarika* (plur. *wixaritari*) en cursivas porque se trata de la autodenominación étnica en idioma nativo. No es el caso de las palabras huichol y guachichil, puesto que son formas castellanizadas de estos gentilicios.

sobre una antropología histórica que incluya el punto de vista de los pueblos estudiados (cf., entre otros, Sahlins 1997, Coello de la Rosa y Mateo Dieste 2015: 4-18). Desde esta perspectiva, se examinarán los datos arqueológicos y se explorarán las fuentes históricas susceptibles de aportar algunas pistas acerca de las posibles relaciones históricas entre huicholes y guachichiles, con todo y su carácter fragmentario o incompleto.

En el caso de los guachichiles es necesario incursionar en el pasado de un grupo humano que sufrió un colapso demográfico y cultural –por no decir genocidio y etnocidio– después de largos siglos de resistencia. En consecuencia, la documentación sobre su identidad y cultura es tremendamente escasa. Comúnmente, se considera a los guachichiles desaparecidos hoy en día a raíz de su exterminio por parte de los conquistadores españoles, contra quienes lucharon belicosamente, sobre todo durante la llamada Guerra Chichimeca, que oficialmente duró de 1548 a 1589 (cf. Carrillo Cázares 2000, 2003). Como bien subrayan Monroy y Calvillo, al respecto cabe aclarar que “este periodo no es sino una convención promovida por los propios conquistadores y secundada por la mayoría de los historiadores, pues hay suficientes pruebas documentales para afirmar que la Guerra chichimeca, aunque aminoró hacia finales del siglo XVI, continuó durante todo el siglo XVII y más” (1997: 45-46).

Los guachichiles han sido identificados como integrantes de las llamadas “culturas del desierto”, clasificación de amplio alcance formulada por prehistoriadores y arqueólogos (cf. Jennings y Norbeck 1955: 1-11, Rodríguez-Loubet 2016: 36, Gamboa Carrera 2004: 6). Para encontrar respuestas a las interrogantes de los *wixaritari* actuales sobre los misteriosos orígenes de su peregrinación a Wirikuta, resulta relevante entender quiénes fueron los pobladores antiguos de la región semiárida del altiplano potosino. ¿Quién ha sido esa “gente del desierto” (cf. Valdés 1995: 96-132) que, por su modo de vida nómada o semi-nómada y la importancia de la caza y recolección para su subsistencia, ha interactuado con otras poblaciones desde siglos atrás? En la búsqueda de respuestas a estas preguntas, este ensayo abordará una problemática doble cuyos ejes están íntimamente ligados: por un lado, la cuestión de la relación entre *wixaritari* y guachichiles; por otro, la naturaleza histórica de los variados grupos agregados bajo este último etnónimo impuesto por nahuatlato. Esto se debe a que el término *guachichil* es muy poco preciso, dado que abarca muchas variaciones políticas y culturales dentro de una configuración dinámica y multiétnica de las poblaciones de la Gran Chichimeca, en general, y de la frontera norte de Mesoamérica, en particular.

Como veremos, los análisis sobre las relaciones entre huicholes y guachichiles han sido motivo de acaloradas polémicas entre distintos especialistas y actores sociales, cada quien defendiendo una posición a favor o en contra del “origen desértico” de los actuales *wixaritari*. Quienes sostienen la tesis de la ascendencia guachichil de los huicholes, buscan encontrar en las narraciones mitológicas de los *wixaritari* modernos pruebas de su procedencia de la zona desértica de Wirikuta. En la posición opuesta, se considera que la asimilación o identificación entre huicholes y guachichiles resulta de una interpretación errónea y confusa de las fuentes históricas. En vez de plantear una separación radical entre las dos culturas –o una relación de simple ascendencia–, mi propuesta es destacar una posible relación histórica entre ellas, desde el enfoque crítico arriba citado de una antropología histórica que considera la mito-praxis (cf. Sahlins 1997: 64-78).

En cuanto a los discursos que imperan respecto a la historia y la identidad de los habitantes del altiplano potosino, hasta la actualidad siguen siendo contradictorios. Ha sido el caso de los chichimecas, por lo menos desde la época colonial aunque en tiempos más recientes con nuevos matices. Por un lado, se mantiene la versión según la cual los guachichiles han desaparecido por completo y, por otro, la población que vive actualmente en la zona se autodefine en su mayoría y se clasifica a nivel nacional por las instancias de gobierno como mestiza; esto último podría implicar cierto parentesco entre la población actual y los antiguos guachichiles, ya sea en términos biológicos, culturales o imaginarios, o en una combinación de todo ello. Por otro lado, la imagen de los guachichiles, así como la de los *wixaritari*, ha sido retomada y reinterpretada con fines políticos; así ha ocurrido recientemente, en particular por colectivos que participaron en el conflicto minero de la reserva Natural de Huiricuta, desatado hace unos años (cf. Guzmán y Kindl 2017: 217-265).

Ahora bien, si se reconoce que hubo mestizaje, ¿cómo se dio? ¿A quiénes incluye y a quiénes excluye? ¿Solo resultó de poblaciones –entre ellas, tlaxcaltecas y otomíes– que vinieron de otras partes del país a esta región para desplazarla, sedentarizarla, colonizarla y trabajar en sus minas, como lo sugiere el discurso oficial?, ¿o también resultó de contactos –biológicos, culturales u otros– con los guachichiles, siendo la población actual sus descendientes? Al respecto, se puede precisar que los actuales habitantes resultan de un largo proceso de desplazamientos y mestizajes a lo largo de las oleadas migratorias en la zona, aunque es posible que algunas familias tengan ascendencia lo suficientemente antigua en lo local como para adjudicarse un mestizaje guachichil-español. Con el fin de seguir reflexionando sobre el tema, intentaremos responder a esas y otras preguntas a través de la exploración de algunas fuentes históricas, lingüísticas y etnográficas que nos parecieron pertinentes para sintetizar las grandes líneas del debate. Finalmente, asomaremos la mirada hacia el presente, a partir de algunos elementos etnográficos de los actuales habitantes del altiplano potosino y los *wixaritari* que lo recorren regularmente en el marco de su peregrinación al peyote.

## DEBATES IDENTITARIOS Y CONJETURAS LINGÜÍSTICAS

Todo comenzó a raíz del testimonio de “algunos huicholes un poco eruditos”, según los cuales “la palabra *Guachichil*, que a veces los autores ortografían *Huachichil*, sería sólo una corrupción de la palabra *huicharika*” (Digué 1992: 162). Ahora bien, al consultar las obras citadas por Digué, es importante matizar algunos aspectos relativos a la interpretación de las fuentes leídas por ese autor. Quien sí utiliza indistintamente las denominaciones de guachichiles, güicholes y nayaritas es Frejes (1878: 42, 188, 232), pero Mota Padilla (1870) se refiere en general a los nayaritas, distinguiendo de entre ellos a los coras (o choras) y teguames (o tecualmes); estos últimos se han relacionado con los antiguos tecoxquines y tecuales, identificados por algunos especialistas como ancestros de los actuales huicholes (cf. León 1903: 279-335). En cuanto a Orozco y Berra, podemos constatar que, aunque efectivamente dice recordar “haber leído, que, á tiento, se le hace un dialecto del mexicano, y se opina que los huicholes son los restos de los anti-

guos *cuachichiles*”, no se aventura a apoyar este supuesto, pues precisa que “ni aceptamos ni contradecemos, porque no tenemos datos. El *huichola* [*sic*] ha quedado por clasificar para nosotros” (1864: 282). En fechas más recientes, Velázquez retoma esta referencia y menciona la expedición de Lumholtz a la sierra madre occidental en 1897, además de narrar que el explorador noruego le informó sobre la peregrinación de los huicholes a San Luis Potosí y le pidió unas muestras de peyote (1982 I: 455-457). Sin embargo, no coincide acerca de un origen común entre huicholes y guachichiles al señalar divergencias en el consumo y uso ritual del cactus, entre otros aspectos culturales:

Conque las costumbres de los huicholes lejos están de inclinarnos a mirarlos como resto de los antiguos guachichiles. Aunque su lengua fuera, que no lo es, un dialecto del mexicano, nada ganaría nuestro estudio. Preferible parece enderezarlo por el lado de los guaxabanes, que durante la guerra de conquista comunicaron con los cabezas rojas<sup>2</sup>, cuyo idioma hablaban. (458)

Otras investigaciones relacionan a huicholes con guachichiles en el plano lingüístico y geográfico, solo que de manera indirecta. Así, Sauer señala que la lengua *uzare*<sup>3</sup> compartía características con el tecual, idioma que, según ciertas fuentes de 1587 (fray Alonso Ponce), se hablaba “en las montañas del este”, provincia que se describe “muy estéril en los frutos de la tierra” (Sauer 1998: 104-105). Por otra parte, según señala el mismo autor, “hacia el oeste”, encontró la “provincia de Tepeque (Tepic)<sup>4</sup>, en la cual habitaban los chichimecas

<sup>2</sup> Según fray Guillermo de Santa María, misionero agustino del siglo XVI y autor de uno de los primeros documentos sobre los chichimecas, dicho apelativo significa “cabeza colorada”. Cuachichil es un vocablo náhuatl compuesto “de *cuáitl*, cabeza”, y “*chichíltic*, rojo” (Montemayor 2017: 63, 69), que alude a la cabeza pintada de rojo que caracterizaba a los guachichiles.

<sup>3</sup> Rojas documenta que durante el siglo XVI se referían a los huicholes bajo distintos nombres: xurutes, uzares o vizurita, entre otros (1992: 23-24; cf. también Weigand 1992: 175-214). En el testimonio del padre fray Alonso de Ponce, cuya entrada a la Sierra Madre está fechada en 1587, los huicholes aparecen bajo el nombre de “uzares” (en Rojas 1992: 24); también en la *Crónica* de 1787 de Antonio de Ciudad Real, los huicholes son mencionados bajo la denominación de uzares.

<sup>4</sup> Respecto a esta identificación que retoma Sauer entre la provincia de Tepeque y Tepic, hay que recordar que durante los primeros siglos de la era colonial se consideraba a toda la región serrana como Nayarit y a diferentes poblaciones –tecuales, huicholes, coras, etc.– indistintamente como nayaritas (Weigand 1992: 180). Santoscoy hace un recuento de las diversas denominaciones de la región “desde Tepic hasta Tlaltenango” (Zacatecas) o, como lo retoma de Lumholtz, entre Acaponeta y Colotlán; además cita a Diguét, para quien la sierra del Nayarit era también nombrada sierra de Alika o sierra de Tepic y se definía como una masa montañosa que abarcaba los estados de Nayarit, Jalisco y Durango (1902: 317-318). Al respecto, Weigand menciona que “al principio de la era colonial, parece que muchos tecuales se retiraron de sus asentamientos del extremo sur, acercándose a sus vecinos nayaritas y alejándose del control español directo. [...] Hay muchas razones para pensar que ésta era una frontera muy antigua, con las culturas altas de la barranca del Río Grande de Santiago, los lagos de las montañas de Jalisco y los valles de Tepic y Jalisco a un lado, y al otro, las zonas alejadas de las grandes montañas y barrancas del norte” (Weigand 1992: 180-181). Los desplazamientos también concernieron a los cacxanes, quienes “en particular después de su derrota en la Guerra del Mixtón en 1540 [...] se establecieron en gran número entre los nayaritas del este. Abandonaron los valles de Juchipila y Tlaltenango en grupos organizados y, por lo tanto, deben haber afectado las organizaciones sociales y políticas de sus anfitriones de las barrancas del río Bolaños y Chapalagana. [...] Las leyendas y los mitos históricos de los huicholes todavía conservan referencias

[...] y los guachichiles, con quienes los primeros se unían en las expediciones de pillaje” (Santosco en Sauer 1998: 104-106). Cabe señalar que las interpretaciones no siempre concuerdan en cuanto a la identificación de los *uzares* como los antepasados de los huicholes, lo cual vuelve aún más incierto su posible parentesco con los guachichiles.

En el caso de los guachichiles, los datos de los que se dispone hasta ahora sobre un aspecto tan fundamental como su lengua, lamentablemente se resumen a unas cuantas palabras de origen y significado incierto, insuficientes para poderlas insertar en un sistema gramatical identificable<sup>5</sup>. Los especialistas en lingüística histórica y glotocronología han clasificado el hoy extinto idioma guachichil como parte de la familia yuto-azteca, de la cual forma parte también la rama cora-huichol. Según Longacre, tanto el cora-huichol como el guachichil entran en la categoría del grupo que él llama “aztecoide”, distinguiéndolo de otros grupos yuto-aztecas como el taracahita o el pimano (1967: 142, 158). Menciona que Mendizábal y Jiménez clasificaron al guachichil dentro del coahuilteco, pero rechaza esta hipótesis para retomar la de McQuown, quien los considera yuto-aztecas. La lingüística histórica de Manrique Castañeda señala la llegada tardía de la familia yuto-azteca desde el norte del continente americano hacia lo que hoy es México, pues sitúa la primera diferenciación de la familia yutoazteca por el 2,700 a.C. y muestra su expansión hacia el sur y el este, provocando a lo largo de los siglos la retracción de otras familias lingüísticas como la hokano-coahuilteca, que hacia el 1,500 a.C. abarcaba toda la zona norte de lo que hoy es México (2014: 53-93). Respecto al tema que nos interesa escribe lo siguiente:

Más difícil es saber qué sucedía con las lenguas yutoaztecas de los pueblos nómadas de las llanuras desérticas y el pie de monte de la Sierra Madre Occidental, porque muchas desaparecieron sin dejar huella y de otras hay información que va de pobre a paupérrima; podemos sin embargo suponer que avanzaban no sólo hacia el sur, sino también hacía el oriente. Unos de ellos, ya bastante diferenciados, deben haber sido los antepasados de los maratines de Tamaulipas, mientras otros tal vez se entremezclarían con hokano coahuiltecos pero, gracias a su movilidad, sin perder contacto (y por ende diferenciándose poco) de sus parientes de la Mesoamérica marginal o netamente mesoamericanos. (74)

---

vagas a estas migraciones” (188). Así, si bien es cierto que en el siglo XVIII la provincia de Tepeque se refería más precisamente a la porción sureste de la Sierra Madre Occidental, del lado del valle del río Bolaños (cf. al respecto Ruiz Medrano 2014: 194-196), en épocas anteriores pudo haber abarcado un territorio más amplio, lo cual podría explicar lo que escribió Sauer refiriéndose a documentos de siglo XVI.

<sup>5</sup> Escribe Velázquez: “A su carácter altivo y rudo no correspondía por cierto su lenguaje, que, al revés, era fino y melodioso, a juzgar por los nombres de lugar y de persona que he logrado reunir, y son como sigue: Tópicos: Guanamé o Guainamé, Guapana, Guaxcama o Guascamá, Macolia o Macolias o Macolios, Mateguala, Maticoya, Xale.

Personales: Aguacapia, Alaguaciguaqui, Caruijie, Cilavan, Chiriniquinata, Escamamé o Vixcanaí, Guacamuquí, Guaquí, Guasonaqué, Gatinamé, Guaxcalo, Machiab, Macanamé, Macolia, Macotaocal, Manaqua, Mapocanase, Mapuquanamé, Maquicoica, Maztel, Maxorro, Miguasal, Minamea, Mituquenamé, Mocoanicaco, Moquimahal, Mucapuinamé, Naquaponamé, Naquayoquí, Nameguatanaquí, Napayán, Pasiquí, Quinaco, Saquiliquí, Sauatal, Sigualaquí, Sotocapa, Suycanamé, Tanynacoa, Tenço, Tomaguí, Vaybala, Vaquiliquí, Xale, Yalacitamo, Yalamasqué, Yalatapata, Yanupe, Yapacapal, Yaqualiniquí, Yastanaqupi, Zapalinamé.

Corta es la lista, no obstante los deseos de alargarla me han acosado en la lectura de libros y manuscritos” (1982 I: 427-428).

Islas retoma la clasificación de Longacre y algunos aspectos del trabajo de Manrique para enfocarse en las familias lingüísticas de la Gran Chichimeca, confirmando la clasificación del guachichil en la familia yuto-azteca y en el grupo de los “aztecoides”, junto con el cora y el huichol (2008: 170). De estas clasificaciones lingüísticas resalta una clara diferenciación entre el idioma guachichil y el huichol, aunque se reconoce su parentesco.

No hay que olvidar que el náhuatl era empleado como lengua franca en gran parte del territorio conocido actualmente como Mesoamérica y más al norte, esto desde años anteriores a la conquista (173), además de que se hablaban diversas variantes de ese idioma, como por ejemplo el caxcan. Santoscoy confirma que “aunque el Mexicano no fuera el idioma de todo los indígenas que ocupaban la región, que se conocía con el nombre de Xalisco, lo entendían casi todos y lo usaban en sus transacciones recíprocas, principalmente con fines comerciales” (1902: 316). La presencia del náhuatl en esta franja nortea, antes y después de la época colonial, se refleja también en los topónimos agregados a los nombres de las comunidades huicholas actuales, compuestos de *wixárika*, náhuatl y español –Tateikie, San Andrés Cohamiata; Tuapurie, Santa Catarina Cuexcomatitán; Wautia, San Sebastián Teponahuastlán, etc.– y en varios préstamos de palabras en náhuatl en la lengua huichol, como por ejemplo *calihuey* y *tatuani*. Lo anterior nos deja suponer que los diferentes grupos de esta franja norte de Mesoamérica, entre ellos los guachichiles y huicholes, pudieron haberse comunicado usando el náhuatl como lengua franca, lo cual abunda en el sentido de relaciones históricas entre ambos grupos.

Entre los antropólogos contemporáneos, el debate se ha polarizado. Por un lado, Furst (1996: 26-60) y Myerhoff (1970: 64-78, 1974) apoyan la teoría de Diguét sobre uno de los orígenes ancestrales de los huicholes entre los antiguos guachichiles, aunque reconocen que no es el único, dado que las sociedades actuales de los *wixaritari* son el resultado de varias tradiciones culturales. Entre estas, se pueden mencionar las de Aztatlán, Teuchitlán o Bolaños. Un pasaje redactado por Sahagún acerca de los teochichimecas ha sido utilizado por los especialistas a favor de la hipótesis de un origen común entre guachichiles y *wixaritari* para observar similitudes con lo que actualmente realizan los huicholes con el peyote durante su peregrinación a Wirikuta:

La condición y calidad de estos tales teuchichimecas es que eran lapidarios, porque conocían y labraban los pedernales y navajas para las puntas de las flechas. También traían espejos consigo, colgados en la cintura, y cuando caminaban iban en rencla, e iban siguiendo a la guía, el cual y los demás llevaban consigo cada uno un espejo colgado de la cintura a las espaldas, en que se iban mirando los que iban detrás. También labraban y aderezaban muy bien las piedras azules, desbastándolas, que se llamaban en indio *teuxihuitl*, que son turquesas. Y hacían dellas joyas, cuentas, zarcillos o orejeras de muchas maneras. Tenían también gran conocimiento de yerbas y raíces, y conocían sus cualidades y virtudes. Ellos mismos descubrieron y usaron primero la raíz que llaman *péyotl*, y los que la comían y tomaban la tomaban en lugar de vino. [...] Y se juntaban en un llano después de lo haber comido, donde bailaban y cantaban de noche y de día a su placer. Y esto el primero día; y luego el día siguiente lloraban todos mucho, y decían que se limpiaban y lavaban los ojos y caras con sus lágrimas. (1989 II: 656-657)

Así es como Sahagún describe el atuendo de los teochichimecas en el párrafo tercero del capítulo XXIX de su obra mayor, *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

Destaca el uso de pieles de león, espejos y turquesas, lo cual, por cierto, no se menciona en *Guerra de los chichimecas* (Carrillo Cázares 2003).

En la posición opuesta, Weigand (1992: 157) y Weigand y García de Weigand (2002: 83) consideran que la asimilación entre huicholes y guachichiles resulta de una interpretación errónea de las fuentes históricas. Afirman además que quienes sostienen la tesis de esa asimilación ignoran hallazgos arqueológicos recientes que atestiguan la presencia de diversos grupos humanos en la Sierra Madre Occidental al menos desde la época clásica y con una “fuerte orientación costera”. En particular precisan que

el guachichil y el huichol pertenecen a grupos lingüísticos diferentes. El huichol pertenece a una subfamilia del corachol del totorame o rama uto-azteca del sur, relacionada más cercanamente con el tepiman y el taracahitan que las ramas uto-aztecas del este, las que incluyen muchos de los grupos chichimecas no-otomíes de la estepa del sur. (Weigand y García de Weigand 2002: 83)

Por su parte, Iturriz Leza, lingüista especialista del idioma *wixarika*, explica que las interpretaciones y asociaciones entre el término guachichil y huichol resultan de “etimologías populares” que se caracterizan por procesos de *corrupción lingüística* que define como sigue:

Se trata de un concepto preestructural, que podría aplicarse a lo sumo a ciertas deformaciones que no se ajustan a las reglas diacrónicas sistemáticas de una lengua, producidas por hablantes no competentes de la misma, ya sea debido a una defectuosa percepción o a una asimilación analógica a algún modelo de la lengua propia. Un caso histórico es el de la palabra Cuernavaca, derivada del náhuatl *Cuaucnahuaac* [qaq-nawak] “junto al bosque”, pero modificada por analogía con las palabras españolas *cuerno* y *vaca*. (2009: 109)

Desde el análisis lingüístico, este autor da a entender que ningún dato permite demostrar una relación histórica o de filiación directa entre huicholes y guachichiles. Respecto a este dilema lingüístico, Olgún plantea las siguientes aclaraciones:

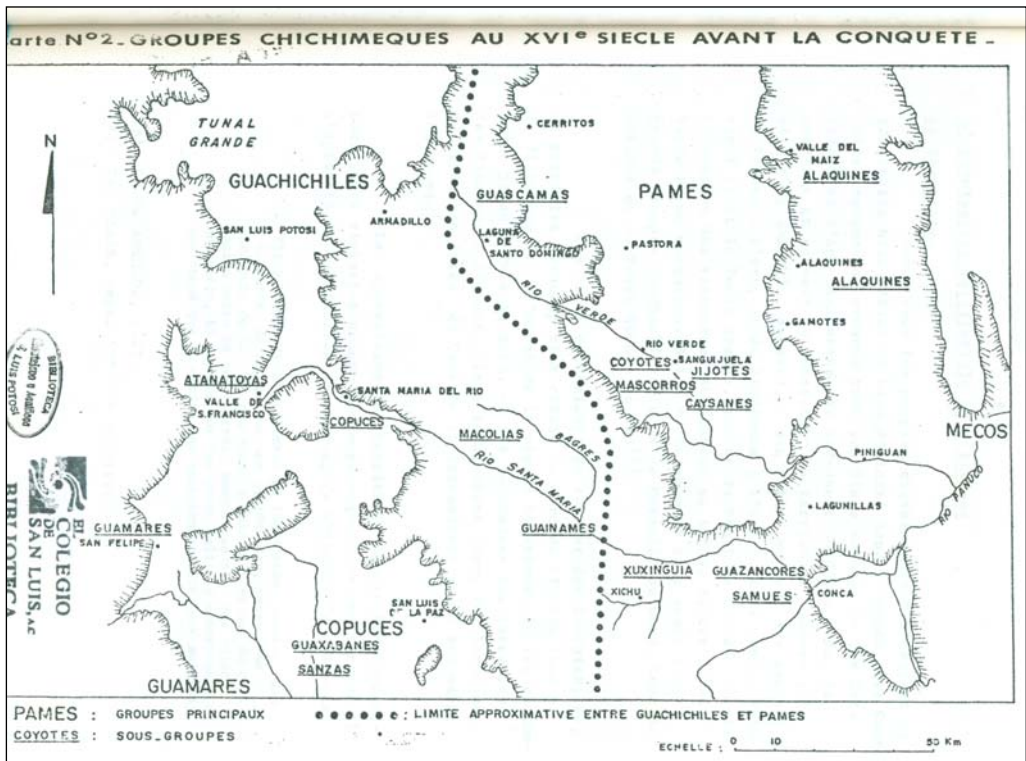
Pero si se asume que esta identificación es positiva, entonces se podría suponer que la relación *uzare-guachichil* (o *huichola-guachichil*) se dio desde la época prehispánica y que tuvo una continuidad temporal y espacial durante la primera mitad del siglo XVI. El problema es que la lengua guachichila incluía varios dialectos y era difícil de aprender para los frailes que iniciaron su evangelización, por lo que es tarea muy ardua caracterizarla al no contar con registros suficientes ni pertinentes. (2008: 379)

Cabe recordar, además, que la designación de guachichil fue atribuida por los antiguos nahuas de Tenochtitlan y sus alrededores a los grupos nómadas y cazadores que habitaban la región semidesértica identificada en las fuentes históricas como Tunal Grande<sup>6</sup>,

<sup>6</sup> Cabe aclarar que esta denominación ha sido retomada de las fuentes por la mayoría de los historiadores y arqueólogos que han trabajado la zona, para referirse a esta región del Centro de San Luis Potosí caracteri-



núcleo de un territorio más amplio donde circulaban estos grupos (Mapa 1), que hoy en día integra el Sur de Coahuila, Este de Zacatecas, Norte de Guanajuato e incluso Querétaro, tal y como apuntan algunos autores (cf. Valdés 1995: 133). Entre los que fueron clasificados y representados en las fuentes escritas e iconográficas como “bárbaros”, en contraste con los tolteca-chichimecas, encontramos, por un lado, desde los ancestros de los otomíes y pames –considerados “menos violentos”– hasta, por el otro, los guachichiles, vistos como “salvajes” feroces (Fig. 1). Por supuesto, los documentos que reúnen información de estos últimos son mucho más escasos que los que describen a los chichimecas en general. En cuanto a su denominación, sucede algo similar a lo que ocurre con el término genérico de chichimeca. En efecto, las fuentes históricas revisadas documentan que los guachichiles estaban organizados en una gran variedad de grupos, lo cual plantea dificultades cuando se aborda su identificación y clasificación, pues en ocasiones algunas “naciones” y sus idiomas se incluyen bajo esta misma categoría, mientras que, en otros, se consideran distintos (cf. Kindl 2019: 102-125).



Mapa 1 Grupos chichimecas en el siglo XVI antes de la conquista. Fuente: Percheron 1982b: 8.

zada por su abundancia de nopales de gran tamaño (Antonio Rivera, comunicación personal, 2018). En cambio, Braniff (1999: 250) y sus seguidores hablan de Gran Tunal como una expresión derivada de la denominación de Gran Chichimeca para referirse a un área cultural muy amplia del septentrión mexicano (al respecto, cf. Rivera et al. 2019: 151-176). No obstante lo anterior, cabe señalar que en un trabajo anterior, Braniff (1992) utiliza la denominación de Tunal Grande. Emplearemos una u otra expresión según los autores citados.



**Fig. 1** Sahagún (1961, ilustración 13: 62-63).

## LOS MITOS Y LA HISTORIA

Tanto los autores que defienden la tesis de la ascendencia guachichil de los huicholes como quienes las refutan, buscan encontrar en las narraciones mitológicas de los *wixaritari* modernos indicios de sus orígenes. En el discurso sobre su procedencia de la zona desértica de Wirikuta, resalta el personaje mitológico llamado *Tatutsi Maxakwaxi*, Nuestro Bisabuelo Cola de Venado. En una versión recolectada por Lumholtz, es una figura clave que podría confirmar, según esas teorías, el origen guachichil de los huicholes. Veamos qué dice este relato:

Los ranchos del norte y del sur se pelearon contra *Tato'tsi* y su pueblo, de tal manera que conquistaron y comieron a muchos de ellos. Sin embargo, *Tato'tsi* logró reunir a los guerreros restantes y los condujo hacia el norte. El enemigo habitaba una fúnebre caverna.

Luego *Tato'tsi* asumió la forma de un venado. En la cumbre de una de las colinas que formaban los costados de una barranca hizo un agujero, saltó dentro de él y cubrió la parte superior con una piedra. Desde el valle, muy pronto, el enemigo subió el costado de la colina para luchar con quienes estaban en la cúspide; pero *Tato'tsi* aflojó las escalas de mano [escaleras] que traían los atacantes quienes se desplomaron y murieron. Luego *Tato'tsi* remendó las escalas y descendió para ver la situación en la barranca y todos sus hombres se fueron con él.

Se encontraron con un anciano que tenía un escudo en la espalda y aferraba otro frente de sí. El escudo frontal era redondo, hecho con ixtle y con un agujero en el centro para ver a través de él. Era escudo y “espejo” o “rostro” (*neali'ka*) al mismo tiempo, pues no solamente lo protegía contra las flechas, sino que además podía ver las flechas a través de él. Mataron al anciano con piedras, robaron su escudo y lo trajeron aquí, así como también sus flechas. (1986: 153)

En esta narración, *Tatutsi Maxakwaxi* aparece como un guerrero que se enfrenta con enemigos que llevan arcos, flechas y un escudo. Dicho sea de paso, este último es identificado como un tipo de espejo “instrumento para ver”, *nierika* para los *wixaritari*, *tlachieloni* para los antiguos nahuas (Kindl 2016: 255-283). De tradición netamente mesoamericana según los arqueólogos (comunicación personal de Víctor Valdovinos, marzo de 2019), podría ubicar al anciano enemigo como perteneciente a alguna población mesoamericana septentrional, como lo fue la chalchihuiteña (cf. Hers 1989, 2010). Weigand abunda en este sentido a partir de relatos que recolectó en Wautia, San Sebastián Teponahuaxtlán en los años 1960, en los que identificó posibles referencias al sitio arqueológico de La Quemada (Zacatecas). Sus habitantes tienen atributos mesoamericanos, como personajes águilas y jaguares, en oposición con los ancestros de los huicholes, asociados a venados (1992: 105-112).

En la mitología huichola, *Tatutsi* es el guía de la primera peregrinación a *Wirikuta*, también concebida como una cacería. Esto sugiere la identificación de este personaje y las actividades rituales que le son asociadas con alguna población chichimeca de cazadores recolectores. Sin embargo, en la versión citada, la mención de los guachichiles no queda claramente atestiguada y este fragmento mitológico bien podría también aludir a enfrentamientos de los ancestros de los huicholes con caxcanes, zacatecas, u otros grupos que han sido incluidos en la vasta categoría de chichimeca, como fue el caso, por ejemplo, durante la guerra del Mixtón y en años posteriores. Cabe recordar al respecto la figura sobresaliente del guerrero caxcán indígena Francisco Tenamaxtle<sup>7</sup>, quien fue uno de los principales líderes de la rebelión conocida como la Guerra del Mixtón, ocurrida entre 1541 y 1542. En el *Códice Telleriano-Remensis*, aparece casi desnudo, con su arco, flechas y carcaj, disparando multitud de flechas hacia sus enemigos españoles desde lo alto de un montículo (Fig. 2). Esta imagen remite al típico guerrero chichimeca tal como lo describen las fuentes históricas, a pesar de que los caxcanes fueron un grupo de habla náhuatl con fuerte influencia cultural mesoamericana (cf. Santoscoy 1902: 311-328).

<sup>7</sup> Para el caso de Tenamaxtle, cf. Weigand y García de Weigand (1996), Carrillo Cázares (2000) y León-Portilla (2005).



Fig. 2 Representaciones de chichimecas en la escena de la muerte de Pedro de Alvarado durante la guerra del Mixtón, como se muestra en el Códice Telleriano-Remensis (s. XVI: f. 46r).

Diguet, por su parte, relaciona explícitamente a Tatutsi Maxakwaxi con los guachichiles y el uso ritual del peyote:

La leyenda de la creación del peyote, o más bien, el origen de la fiesta a la que da lugar, es la siguiente, según los cantos huicholes:

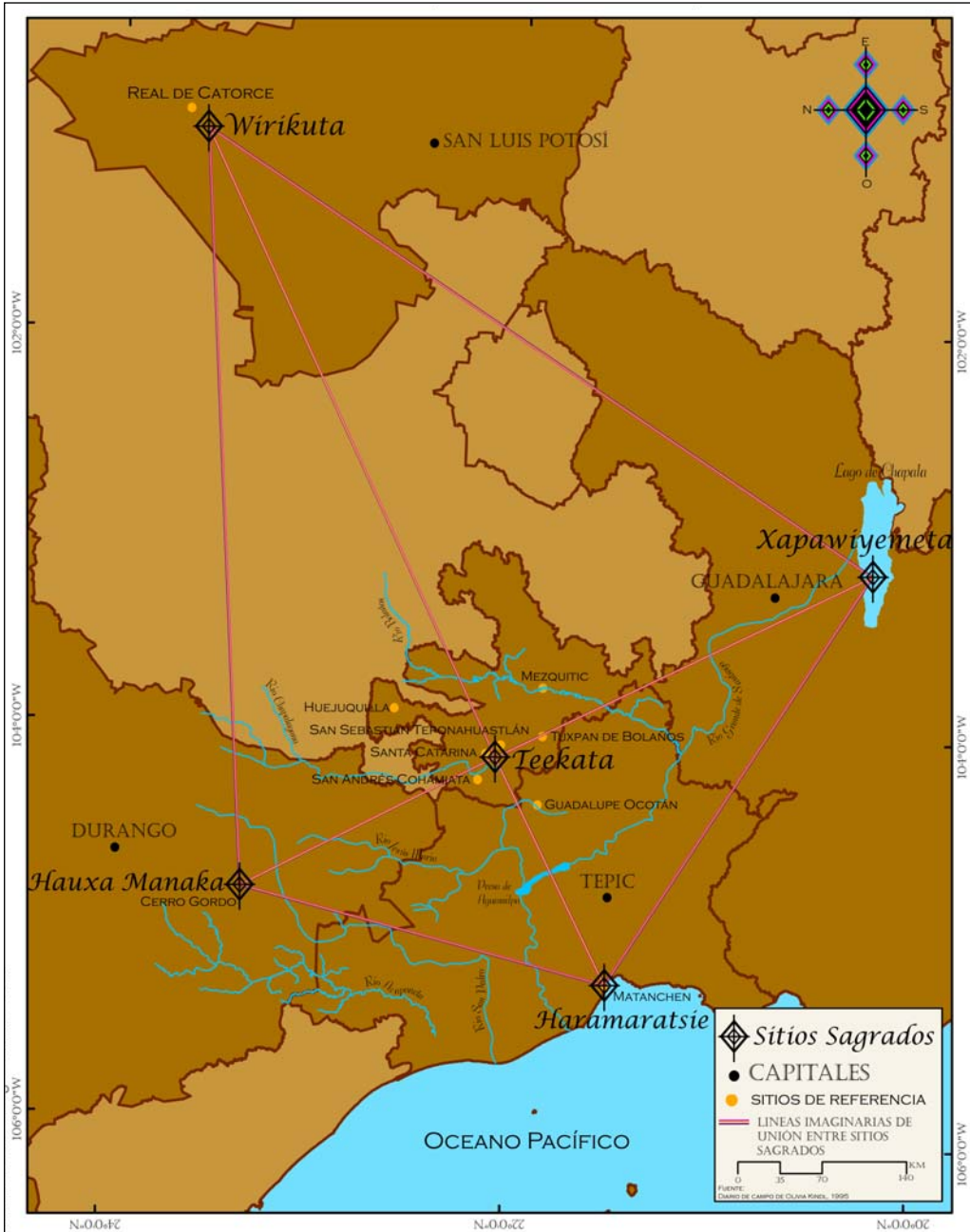
Cuando su gran jefe Majakuagy hubo reunido a sus partidarios entre las tribus guachichiles para ir a fundar su reino en los sitios poco accesibles y naturalmente bien defendidos de la sierra de Nayarit, fue perseguido junto con sus partidarios por los enemigos de sus doctrinas. (1992: 154-155)

En otro texto, donde también se refiere a “la leyenda de sus peregrinaciones”, el mismo autor menciona el origen potosino de este personaje de la mitología huichola y señala que “vivía entre razas antropófagas”:

Un hombre blanco, a quien se le daba el epíteto de Tehuari o Teihuari (*teï* madre, *hua* blanco, *ri* cosa) (este nombre de Tehuari se da todavía a los blancos; en plural, Tehuarick) y cuyo nombre era Majakuagy (*maja* ciervo, *kuagy* cola), vivía entre razas antropófagas, habitando un país que, según la creencia indígena, formaría hoy el estado de San Luis Potosí. (110)

En contraste, para Weigand y García de Weigand, existe una “desinformación [...] acerca de que, como los huicholes procuran el peyote, luego su origen está en los desiertos de San Luis Potosí” (2002: 83). Señalan que existen vestigios arqueológicos en la Sierra Madre Occidental que son prueba de que “estas culturas regionales fueron ciertamente influenciadas por el exterior, pero sus orígenes no son desérticos. Además, el ceremonialismo agrícola es el componente básico de la vida religiosa de los huicholes, así como para el resto de los nayaritas” (83). También subrayan que la vida ritual de los huicholes no se enfoca de forma exclusiva en el peyote y Wirikuta, pues se trata de tan solo una de las direcciones hacia las cuales peregrinan dentro de un amplio territorio ritual (Mapa 2), junto con Haramaratsie (Nayarit, al poniente), el Cerro Gordo (Durango, al norte), Xapawiyemeta (Jalisco, al sur) y Teakata (en la comunidad de Tuapurie, Santa Catarina, al centro). Neurath apoya esta postura, pues considera errónea “la idea de que los huicholes eran, esencialmente, una cultura «chichimeca» de cazadores-recolectores, que solo en tiempos relativamente recientes había iniciado su transición a la vida sedentaria” (2010: 551). Sin embargo, como argumenta, los huicholes retoman la imagen de los chichimecas en ciertos contextos rituales, a modo de autorepresentación. Concluye de ello que “no es que estos grupos realmente fueran cazadores nómadas, pero les importaba resaltar su ascendencia norteña. Ataviados como cazadores chichimecas, los grupos rituales huicholes personifican a los primeros ancestros en su cacería de venado” (551).

Weigand y García de Weigand también argumentan que en el pasado los huicholes no fueron los únicos en recolectar y consumir ritualmente el peyote, pues “los mexica culhúa tenían su propio acceso al peyote [...] los tecualas y tepecuanos (en el occidente) y los tepehuanos, tarahumaras, lipanes, comanches y apaches (en el norte), tienen todos



**Mapa 2** *Tsikiri* (ojo de dios) señalando los principales sitios sagrados huicholes. Mapa elaborado por Bárbara Cristina Lugo Méndez, 2012 (becaria de investigación de Olivia Kindl).

patrones para su uso y adquisición” (2002: 84). Abundando en este sentido, hasta el presente se sabe de peregrinaciones a Wirikuta por parte de coras y tepehuanes, aunque con menos frecuencia y proporciones que los *wixaritari*. Por ejemplo, en junio de 2017 participé en la peregrinación de un grupo pequeño (unas 5 personas) por parte de *náyeri* (coras), en representación del gobierno tradicional de Santa Teresa del Nayar para llevar una ofrenda al Cerro Quemado. También he sabido de viajes de algunos curanderos *o'dam* (tepehuanes del sur) a Wirikuta para recolectar peyote con fines terapéuticos.

Claramente, los autores que defienden un origen guachichil de los huicholes se sitúan en una corriente que considera al “mito como historia” (Furst y Myerhoff 1966: 3-39, Furst 1996: 26-60). Weigand también documentó versiones mitológicas *wixaritari* donde identificó referencias a un hecho histórico prehispánico: el incendio del sitio arqueológico de La Quemada en el postclásico, pero su interpretación difiere de las anteriores en cuanto a la aceptación de la tesis de los huicholes como descendientes de los guachichiles (1992: 105-112). Respecto al debate entre Furst y Weigand, a pesar de sus diferencias de interpretación, el enfoque sobre el “mito como historia” es similar: son tratadas como categorías traslapadas, ambas selectivamente literalistas. Ninguno de los estos autores empleó una lectura estructuralista de los mitos como condicionantes históricos, tal como lo hizo Sahllins en *Islas de historia* (1997).

Cabe resaltar respecto a esta discusión que, si bien ambos tipos de discursos –el histórico y el mitológico– son igualmente válidos, resulta más pertinente ubicarlos en sus respectivos niveles de análisis y evaluar su función política e ideológica en diversos contextos sociales.

## FRONTERAS Y TERRITORIOS

Lo que sabemos y podemos rastrear con datos más certeros sobre las relaciones entre huicholes y guachichiles se remonta a la época colonial, lo cual no descarta que anteriormente hubiera contactos entre ambos grupos o sus antecedentes (Weigand 1992: 105-113, Olguín 2008: 369-387). Hasta mediados del siglo XVI, según documenta Gerhard, además de ocupar lo que es hoy el altiplano potosino, se registró la presencia de guachichiles hasta partes de Zacatecas, Durango, Aguascalientes, Jalisco, Coahuila y Nuevo León (1996: 85, 89, 92, 107-108, 110-112, 128, 136, 138, 140, 148, 163, 173-174, 276, 428). Así, la mayor parte del territorio guachichil se ubicaba en la Nueva Galicia, con una porción sureña de la Nueva Vizcaya. Como lo confirma desde el siglo XVI el fraile agustino Guillermo de Santa María:

Los guachichiles son luego immediate. Comienzan por la parte de Mechuacán del Río Grande y salen a Ayo el Chico y Valle de Señora, y los Arandas y sierras de las minas de Comanja y villa de los Lagos, que es del Nuevo Reino de Xalisco, y toman las sierras del Xale y Bernal y Tunal Grande, por el límite de los Guamares y Bocas de Maticoya, las Salinas y Peñol Blanco y Mazapil, y por las Macolias llegan hasta los confines de Pánuco. Ocupan mucha tierra y así es la más gente de todos los chichimecas y que más daños han hecho. (Carrillo Cázares 2003: 206)

En su discurso sobre los chichimecas, las fuentes son contradictorias por varias razones. Una de ellas es la que acabamos de puntualizar, a saber, la extrema generalización que implica este término, pues abarca una gran diversidad de poblaciones humanas que, desde tiempos prehistóricos, habitaron regiones septentrionales del área mesoamericana. Así, los chichimecas, por un lado, han sido considerados “salvajes indómitos” o “pueblos bárbaros” y, por otro, han sido asociados con los toltecas y ancestros de los mexicas, que les habrían heredado civilizaciones prestigiosas (Kindl 2019: 102-125).

Encontré en varios documentos el mismo tipo de contradicción en el caso de los guachichiles que el que se constata en la identificación de los chichimecas, donde son a la vez crueles bárbaros sanguinarios y “mansos”, “de buen trato”, “afables” o “conversables con los españoles” (Carrillo Cázares 2000: 617). Según Ahumada, los zacatecos, con quienes los guachichiles guerreaban constantemente, afirmaban que “los otros q son Goachichiles comen carne humana, y que quando los prenden en la guerra se los comen” (1943: 59). Nótese que el punto de vista de fray Guillermo de Santa María, escrito en la misma época, difiere totalmente de la referencia anteriormente citada. Este misionero agustino, que convivió siete años con los guachichiles en una misión cercana al Valle de San Francisco (hoy Villa de Reyes, SLP), no “menciona de ninguna manera que coman carne humana, al contrario de otros testimonios” (Carrillo Cázares 2000: 280). Además, atestigua que

estos guamares y guachichiles, al principio, antes de la guerra de Jalisco hecha por el virrey Mendoza en 1541 y 1542, no eran dañosos ni eran conocidos ni sus tierras andadas ni tratada de los españoles ni poblada de estancias, sino que con el paso del camino de Zacatecas desde las ciudades de México, Michoacán y Guadalajara fue necesario atravesar las tierras de estos chichimecas, quienes al principio de ese contacto se mostraron bien dispuestos a tratar con los españoles. Pero luego que los españoles comenzaron a poblar esas tierras de haciendas, de minas y estancias y labores, comenzaron también a cautivarlos y hacerlos esclavos, quitándoles a sus mujeres y sus hijos, a más de la tierra de cuyos frutos se mantenían, todo ello en agravio de su vida y conservación [...] agravios que provocaron su respuesta hostil. [...] Pero llegó a tal exceso el estrago y la crueldad de los guamares y guachichiles [...] que se convirtieron ellos mismos en agresores y los españoles en agredidos [...]. (284, 286)

Al cruzar puntos de vista, resalta el contraste entre la versión de los militares y mercenarios, quienes intervinieron en un primer momento de la conquista, y la de los misioneros, quienes llegaron en una segunda fase. Esto nos permite intuir que las prácticas caníbales descritas por algunos conquistadores podrían haber indicado una situación de conflicto bélico. Con todo, a partir de la guerra chichimeca (1547-1600), Carrillo Cázares plantea que se

modificó en la percepción de los misioneros el concepto generalizando de chichimecas, cediendo el lugar a un conocimiento más particularizado de las naciones bravas que fueron identificándose como tepehuanes, tecoales, taoes, pacaxes, xiximes, a más de otras divisiones más tempranas como las que distingue fray Guillermo de Santa María (c. 1575) entre otomíes, pames, guamares, guachichiles, zacatecas y caxcanes. (2000: 43)

Si bien los conquistadores que escribieron las fuentes históricas afirman que los habitantes de estas tierras carecían de cultura o religión, lectores más cautelosos han encontrado indicios de “cierta organización territorial, política y social” (Percheron 1982a: 70). Cabe



subrayar que investigaciones arqueológicas recientes –sobre todo las desarrolladas desde la década de 1960 hasta la fecha– no coinciden con esta imagen del guerrero sanguinario y salvaje, difundida por los mexicas junto con otras sociedades mesoamericanas y reforzada por los cronistas españoles del siglo XVI. Rodríguez-Loubet señala al respecto que “ningún dato arqueológico ratifica de forma contundente la particular crueldad de los grupos guachichiles de Gran Tunal descrita por los textos históricos” (2016: 165).

De esta forma, estudios arqueológicos recientes, aunque escasos, han ayudado a releer las fuentes históricas con nuevos ojos. Además, proporcionan pruebas de contactos muy antiguos entre pueblos nómadas, que subsistían principalmente gracias a la caza y recolección, y grupos agricultores sedentarios (*cf.* Rodríguez-Loubet 2016: 184, Braniff 1992: 158-159). Según esos estudios, sus principales características son las de haber sido grupos de cazadores recolectores nómadas o semi-nómadas. En el vasto territorio que recorrían, se ha reconocido la presencia de algunos islotes de *civilización* donde, en determinados periodos, se practicaba la agricultura de temporal y se erigieron grandes asentamientos, denotando una organización social más compleja y un mayor desarrollo material de lo que se creía. De ahí proviene la distinción entre Aridoamérica y Oasisamérica, formulada por Kirchhoff (1944: 133-144). Para la zona del altiplano potosino, que nos interesa particularmente, es muy probable que las dicotomías que se han establecido en los estudios clásicos entre nómadas y sedentarios, o cazadores-recolectores y agricultores, no sea pertinente para estos grupos; en función de las variaciones estacionales y climáticas en conjunción con determinadas configuraciones políticas y económicas, estos grupos humanos se adaptaron a las condiciones a su alcance. Es el caso también de los huicholes actuales, quienes para poder sobrevivir a lo largo del año en un clima serrano que combina diferentes pisos ecológicos y climáticos, combinan agricultura de temporal, recolección, cacería y, más recientemente, desde la llegada de los colonos a la zona, ganadería.

Estas consideraciones nos permiten formular la hipótesis de que las interacciones entre los guachichiles y otros grupos que ocupaban o recorrían territorios situados en esta franja norte de Mesoamérica han existido desde tiempo atrás. A partir del siglo XVI, ante la situación de conquista y la guerra que acarreó, se han atestiguado alianzas entre varios de estos grupos para organizar bloques de resistencia frente a los invasores, por ejemplo, entre guachichiles, zacatecas y guamares (Percheron 1982b: 11) o entre guachichiles, zacatecas y caxcanes; estos últimos, vecinos orientales de los huicholes (Ahumada 1943: 57). Como lo aclara Gerhard,

El segundo periodo de desplazamiento en gran escala empezó en los años noventa del siglo XVI, después de la guerra chichimeca. Durante él muchos de los guachichiles y zacatecos se retiraron a las llanuras del norte y el hueco que dejaron más allá de la antigua frontera chichimeca fue llenado gradualmente con agricultores cazcanes, tecuexes y cocas, así como tarascos, mexicanos y otomíes del México central que fueron a trabajar a las minas y haciendas. (1996: 68)

También hay que recordar la presencia en Colotlán, como alcalde mayor, de Miguel Caldera (1548-1597), capitán mestizo hijo de padre español y madre guachichil. En aquel distrito militar, los huicholes estaban presentes como “indios fronterizos” y gozaban de ciertos privilegios que les permitían negociar directamente con la Corona española.

También se sabe que la población de Colotlán era conformada tanto por huicholes como por guachichiles y tlaxcaltecas, entre otros (Ruiz Medrano 2011: 113-152).

Dos siglos más tarde, a partir de las visitas que llevó a cabo en 1790 por toda la franja fronteriza norteña, el militar español y luego virrey de la Nueva España, Félix María Calleja, escribió informes pormenorizados que dan cuenta de la situación de sus habitantes. Las observaciones de Calleja abarcan la franja norteña de la Sierra Madre Occidental –actual territorio de huicholes, coras, tepehuanes y mexicanos– hasta Real de Catorce, pasando por Colotlán (Rojas 1992: 101-107, Ultreras Villagrana 2007)<sup>8</sup>. En efecto, hay que tener presente que, desde principios del siglo XVI, a partir del descubrimiento de ricos yacimientos mineros<sup>9</sup> en la zona por parte de colonos y a raíz de la guerra del Mixtón, hubo reiterados asaltos a los centros de explotación minera, sobre todo por parte de grupos de zacatecas y guachichiles rebeldes (Ruiz Medrano 2011: 45-80).

Nótese que algunas áreas de las regiones limítrofes de esa amplia zona con presencia de guachichiles, corresponden a lugares visitados aún hoy por los *wixaritari* durante sus peregrinaciones a varios sitios sagrados. Aquí podemos suponer entonces cierta continuidad histórica de una zona de interacción entre huicholes y guachichiles, cuya huella quedó en caminos y rutas todavía en uso desde la Sierra Madre Occidental: principalmente por *wixaritari*, pero también por coras y tepehuanes del sur. Entre los sitios de referencia que se sitúan en ese itinerario, podemos mencionar Fresnillo (Zacatecas), Salinas y Charcas (San Luis Potosí), que se encuentran sobre la actual ruta hacia Wirikuta, municipio de Catorce, San Luis Potosí. Al respecto, Weigand plantea que, a raíz de la relación conflictiva con los antiguos pobladores de La Quemada, la ruta comercial que enlazaba el oeste con el este y en la que probablemente estuvieron involucrados huicholes, se desvió hacia el norte para evitar la zona (1992: 105-102). Como precisa Percheron,

Los guachichiles ocupaban casi todos los estados actuales de San Luis Potosí y Aguascalientes, el suroeste de Nuevo León, el noreste y sureste de Zacatecas: un territorio inmenso que iba desde Saltillo, en el norte, hasta San Felipe en el sur, hasta los confines del Pánuco en el oriente y de Zacatecas en el poniente. Su centro principal era el Tunal Grande, alrededor de San Luis Potosí, donde encontraban abundantes recursos, como tunas y mezquites. (1982b: 9, trad. de autora)

Pareciera entonces que el término guachichil es muy poco preciso en sí, pues abarca muchas variaciones políticas y culturales, pero no tanto para incluir a los *wixaritari* por motivos lingüísticos, culturales y geográficos. La misma autora observa que “en 1580, toda

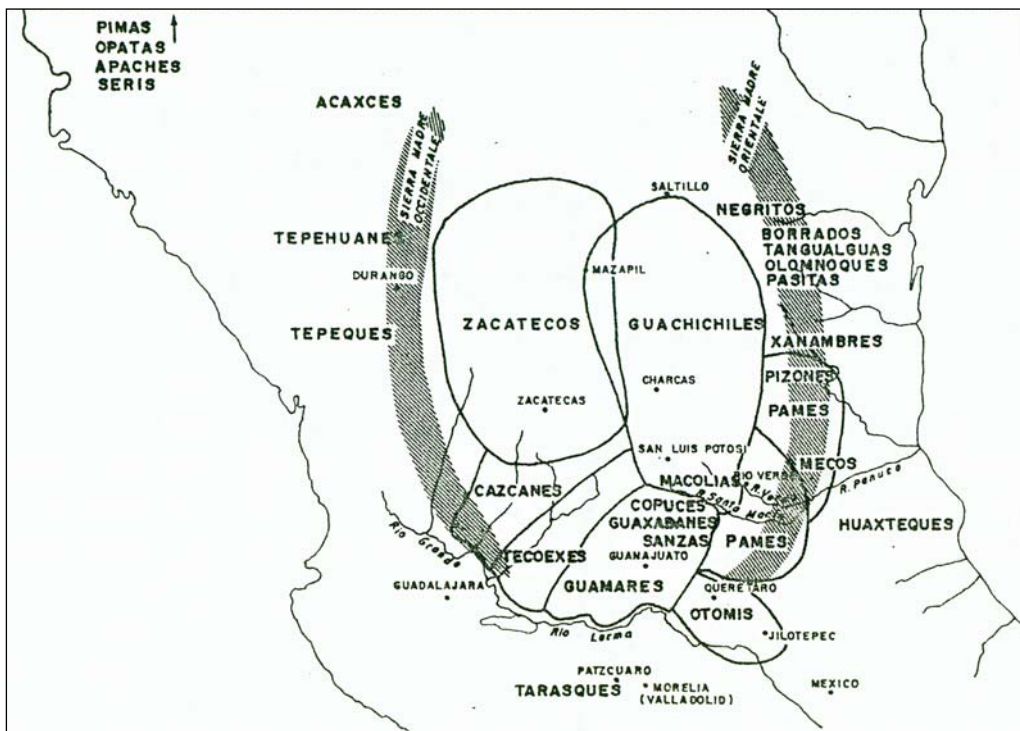
<sup>8</sup> Gutiérrez del Ángel (2017) descubrió en el Archivo General de Indias de Sevilla documentos inéditos del diario de visita que llevó a cabo, en 1790, el Capitán del regimiento fijo de infantería de Puebla, D. Félix María Calleja, por órdenes del entonces Virrey de la Nueva España, Juan Vicente de Güemes y Horcasitas, Segundo Conde de Revillagigedo. Constató que el informe de Sevilla es más completo y detallado que el de Simancas, cuyos fragmentos han sido dados a conocer por Rojas (1992: 101-107). Los documentos no son excluyentes, solo que, en el documento inédito de Sevilla, Félix Calleja agrega información y tablas que en el de Simancas no aparecen.

<sup>9</sup> Varios de ellos explotados desde la época prehispánica, como es el caso de Chalchihuites y la Quemada, en Zacatecas (Weigand 1995: 115-137).

la frontera estaba en estado general de guerra, desde Nayarit hasta la Huasteca” (Percheron 1982a: 73, trad. de autora).

Si bien es cierto que un “estado de guerra latente” oponía a los grupos nómadas entre ellos y a estos con los sedentarios que convivían en la oscilante frontera septentrional de Mesoamérica (Hers 1989: 17-52), también existen indicios de periodos de convivencia entre grupos nómadas y sedentarios (Rodríguez-Loubet 2016: 135, Braniff 1992: 153). Braniff (1992) encontró en la parte sur del Tunal Grande evidencias de contactos pacíficos, incluso de mestizaje biológico entre poblaciones de cazadores recolectores nómadas y agricultores sedentarios con influencias mesoamericanas, en particular en la Fase San Luis del sitio de Villa de Reyes, que abarca aproximadamente del 350 al 700/800 d.C. A partir de este tipo de hallazgos arqueológicos, esta zona ha sido considerada por los arqueólogos e historiadores como la frontera norte y fluctuante de Mesoamérica (Monroy y Calvillo 1997: 43-46).

Los guachichiles ocuparon entonces un amplio territorio situado en la zona meridional del desierto chihuahuense, abarcando partes de lo que hoy son los estados de San Luis Potosí, Guanajuato, Aguascalientes, Zacatecas, Coahuila y Nuevo León (Mapa 3). En cuanto a su demografía, a partir de las fuentes se estima que en el Tunal Grande y montañas circundantes la población sumaba entre 2,500 y 3,000 guachichiles en el momento de la conquista (Percheron 1982b: 14), a partir de lo cual se infiere que, anteriormente a la llegada de los españoles, eran muchos más.

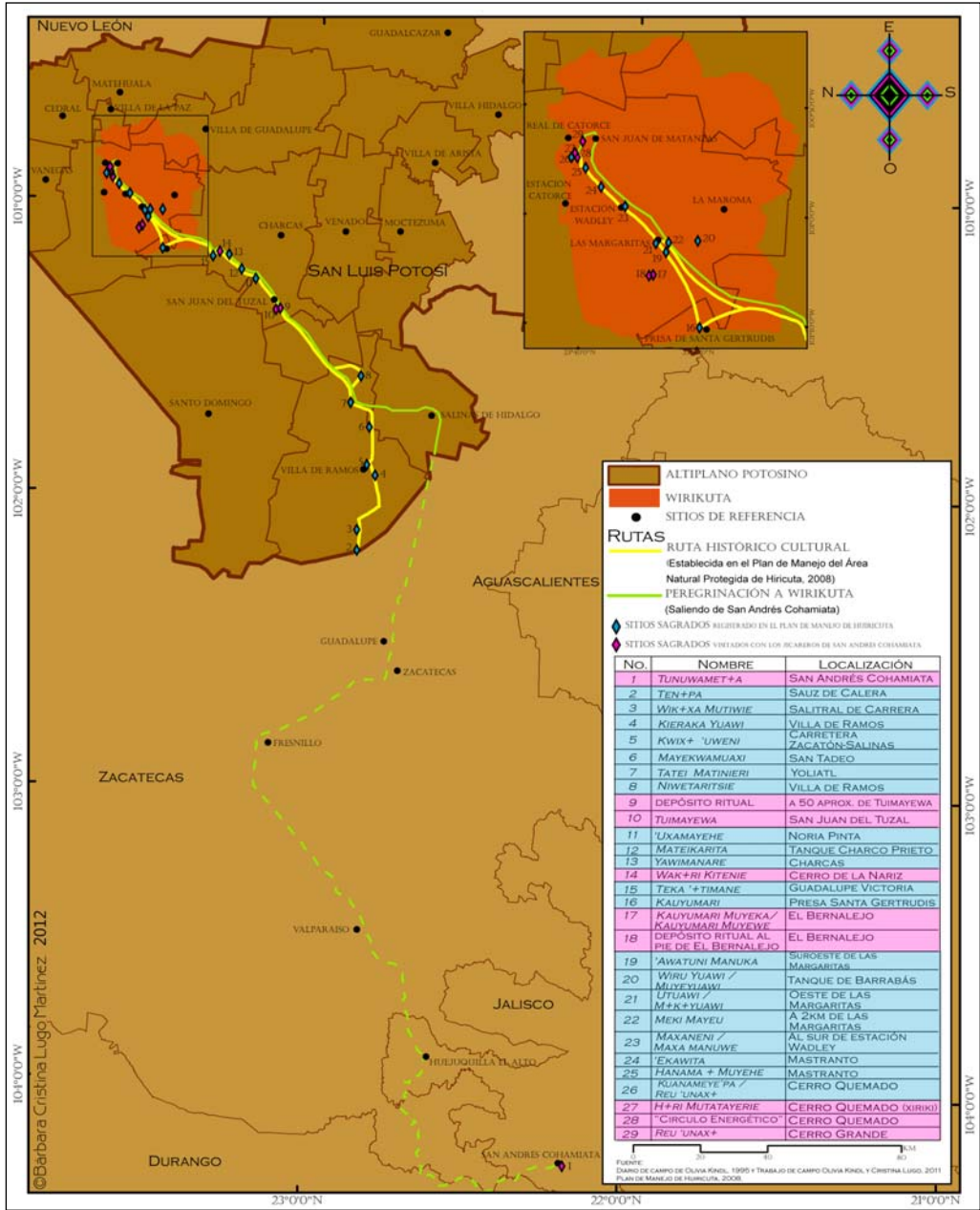


Mapa 3 Poblaciones de la Gran Chichimeca en el siglo XVI. Fuente: Percheron 1982b: 7.

En suma, los testimonios contenidos en las fuentes históricas nos ofrecen pistas para confirmar que hubo interacciones sociales, si no es que biológicas, entre estos grupos y que estas no siempre fueron pacíficas o de alianzas entre indígenas contra los conquistadores. Dado que defendían intereses encontrados, también incluyeron enfrentamientos y conflictos: por un lado, rebeldes buscando sobrevivir y proteger sus territorios, y, por otro, comerciantes negociando dentro de un nuevo sistema económico introducido por los colonos españoles. En este contexto, se sabe que ciertos sectores de la población huichola se desplazaban desde las costas del Pacífico en San Blas (Nayarit), pasando por Jalisco hasta Zacatecas –y posiblemente en ocasiones más hacia el oriente–, para el tráfico de sal, madera y otros productos en suministro de los Reales de minas (Weigand y García de Weigand 2002: 79-91). Existen fuentes, como los documentos de fray Antonio de Saavedra (1673), que atestiguan que

[...] la cría de ganado y el comercio eran actividades económicas importantes entre los nayaritas. A esta lista se debería añadir el saqueo, que adquirió un carácter tan endémico en toda la zona, que finalmente se volvió intolerable y desencadenó varios intentos fallidos de conquista durante el siglo XVII, así como el más efectivo de 1722. Los nayaritas comerciaban con plata y artículos de plata, mezcal, maíz, frijoles, miel y otros productos de sus tierras, a cambio de sal, carne y pescado de las faldas de las montañas y de las áreas costeras que estaban bajo el dominio español. Otros documentos también mencionan las plumas y conchas como artículos deseados de las tierras bajas. El comercio pudo florecer a pesar de la violencia que caracterizaba a los ataques y los contraataques. Aunque muchos de los contraataques de los españoles estaban encubiertos bajo la forma de intentos de conquista, en realidad se trataba de incursiones de carácter muy primitivo en busca de esclavos. (Weigand 1992: 184-185)

Jáuregui confirma que por lo menos desde el siglo XVIII los huicholes fueron arrieros y buena parte de lo que transportaban era sal, desde las costas del Puerto de San Blas hasta Zacatecas y Real de Catorce (2012). La presencia de animales de carga en las peregrinaciones es señalada también por Diguét (1992: 156), hecho que podría ser indicio de prácticas y rutas comerciales de larga duración. Se sabe que los huicholes abastecían sobre todo las minas de Bolaños y Chalchihuites, en las que también hubo trabajadores indígenas de la Sierra Madre Occidental; entre ellos, sobre todo oriundos de Tuapurie, Santa Catarina Cuexcomatitlán, por su ubicación oriental. El 11 de noviembre de 1790, el padre visitador de las misiones del Nayarit, Vicente de Pau, remite el informe pedido por el virrey Revillagigedo (*cf.* Meyer 1989: 241). Hay 150 familias en Jesús María, mismas que se mantienen del tráfico de arriería transportando sal de la costa a las minas de Zacatecas y Bolaños, además de por la práctica de la ganadería y de la agricultura de coamil. Es probable que en sus recorridos con fines comerciales también se desplazaran hasta las minas de Fresnillo, Salinas, Charcas y Real de Catorce. No se sabe con qué frecuencia recorrían esos lugares, sin embargo, hay que tomar en cuenta que la situación inestable de la región, además de las fluctuaciones en la producción de los minerales –como fue el caso en 1830 cuando bajó la producción de las minas de Bolaños– los llevara a efectuar aquellos largos viajes en busca de bienes de intercambio y trabajo, siguiendo, así, una ruta minera y de comercio que por mucho se asemeja al camino de la actual peregrinación huichola a Wirikuta (Mapa 4).



**Mapa 4** Sitios de culto *wixaritari* en el altiplano potosino. Mapa elaborado por Bárbara Cristina Lugo Méndez, 2012 (becaria de investigación de Olivia Kindl).

Como bien demuestra Weigand, entre la violenta incursión de las tropas de Nuño de Guzmán a principios del siglo XVI y la pacificación oficial de los coras en 1722, la fortaleza montañosa de Nayarit asumió tempranamente el carácter de una región de refugio” y

los huicholes se habían convertido en una serie de sociedades compuestas y contestatarias, estrechamente ligadas e intensificadas, mucho antes de que los españoles los pacificaran. En contraste con los coras, entre quienes los grupos de la costa buscaron asilo, los que se refugiaron con los nayaritas del este eran básicamente caxcanes, así como tepecanos, tepehuanes y algunos grupos de las áreas tecual y de Tequila. Además, había renegados mestizos, mulatos y esclavos. (1992: 189-190)

Las fuentes coloniales referentes a la “pacificación” (cf. Powell 1996: 187-200) de los guachichiles nos hablan de un proceso similar, aunque más drástico en cuanto a sus métodos y el etnocidio que provocó. En este proceso, una estrategia clave fue la introducción de grupos como los tlaxcaltecas, otomíes y afroamericanos hacia las regiones norteañas de los actuales estados de San Luis Potosí y Coahuila. En palabras de Powell,

En la frontera chichimeca, esta práctica [el empleo de aliados aborígenes], aunada a la colonización defensiva de los pueblos sedentarios, finalmente causó la virtual desaparición de las tribus nómadas al ser absorbidas por los pueblos que avanzaban hacia el norte: tarascos, aztecas, cholultecas, otomíes, tlaxcaltecas, cazcanes y otros. El método de vida sedentario de estos aliados de los españoles les daba la ventaja de poder multiplicarse con rapidez; y unas cuantas décadas después de la pacificación general, al terminar el siglo, los guachichiles, zacatecos, guamares y otras tribus o naciones estaban desapareciendo como entidades diferenciables en la Gran Chichimeca. Así, la población de la tierra de guerra del siglo xvi llegó a ser completamente mexicana por su misma mezcla. (166)

Es de notar que el periodo en que Powell sitúa el colapso de los grupos chichimecas no coincide del todo con la periodización que establecen los arqueólogos que han trabajado la región. Rodríguez-Loubet plantea que después del parteaguas que ocasionó la guerra Chichimeca, pequeños grupos aislados pudieron sobrevivir en la parte sur del Tunal Grande y alrededores de la cuenca de Rioverde hasta fines de la fase Gran Tunal II, que abarca de 1550 hasta 1800 d.C. (2016: 45).

Para cerrar este apartado histórico, podemos sintetizar que en mayor o menor medida los documentos citados refieren frecuentes luchas internas y enemistades entre los diversos grupos chichimecas, alternadas con periodos de alianza, dependiendo de los acontecimientos históricos, climáticos y políticos de la fluctuante frontera del Norte de Mesoamérica. Todo apunta hacia la existencia de guachichiles y *wixaritari* como dos grupos distintos que probablemente interactuaron por diversos motivos, al igual que lo hicieron con otros grupos de la misma región septentrional de Mesoamérica.

## LA MIRADA ACTUAL

Como hemos mencionado, en el presente la imagen de los guachichiles es retomada y reinterpretada con fines políticos, en particular por agrupaciones que participan en el conflicto minero de la reserva Natural de Huiricuta (Guzmán y Kindl 2017: 217-265). Este uso de la imagen de los guachichiles se construye en respuesta a discursos producidos tanto

por los propios *wixaritari* como por diversos grupos políticos y religiosos que los apoyan. Uno de sus fundamentos es afirmar la antigüedad de la peregrinación de los huicholes, dando a entender que, por ser más antiguas sus prácticas, a diferencia de otros grupos – por sobre peregrinos externos al grupo, campesinos locales o pobladores pro-minería–, ellos sí tendrían legítimo derecho de recorrer el territorio. Por otra parte, algunos catorceños consideran que ellos, los catorceños, practican la minería desde antes de que los huicholes establecieran el territorio en cuestión como sagrado.

Así es como, con el surgimiento de aquel conflicto y en respuesta a las reivindicaciones de los *wixaritari* en defensa de Wirikuta contra el extractivismo minero, muchos pobladores locales del altiplano potosino han empezado a reclamarse como descendientes de los guachichiles. Ciertamente, existen muchas formas de (re)indianización en numerosas poblaciones, incluyendo El Gran Nayar. Los conflictos y malentendidos entre los diferentes grupos se anudan en torno a un principio que vincula niveles de *legitimidad* y *autenticidad* supuestos, en función del grado que poseen de antigüedad y sujeción a “lo tradicional”; todo esto, claro está, de acuerdo al punto de vista propio de cada uno de los colectivos según sus intereses.

Recordemos, sin embargo, que desde tiempos coloniales en toda la región norteña de Mesoamérica hubo mestizaje, tanto de indígenas locales con indígenas desplazados de otras regiones más lejanas –en particular los tlaxcaltecas– como con europeos y afroamericanos. Según hemos mencionado poco antes, en el caso de la región del Gran Nayar fue documentado, y también en el altiplano potosino y hacia el norte, por ejemplo, en relación con los mascogos de Coahuila (cf. del Moral 1999: 83-155, Valdés 1995, Salas Quintanal y Pérez-Taylor 2004). Las leyendas que se narran entre los habitantes locales del altiplano potosino sobre el pasado de la región aluden en su mayoría a asaltos perpetrados en contra de las carretas que llevaban el oro desde los Reales de Minas y a tesoros escondidos por bandidos. Es el caso de la leyenda de Los Catorce, que se refiere a una masacre de catorce soldados españoles a manos de los chichimecas y que da pie al nombre de Real de Catorce. Esta imagen recuerda mucho a los *salteadores* descritos en las fuentes históricas, como si esta imagen de los chichimecas y guachichiles *guerreros, bravos, salvajes e indómitos* aún hoy impregnara las memorias de los habitantes de la región. Al interrogar a algunos lugareños actuales sobre quiénes fueron los antiguos habitantes de la región, obtuve diferentes versiones al respecto. Don Luis Bustos, el *Jefe del desierto*, oriundo de la localidad de El Tecolote, que está situada a unos 17 km. de Estación Catorce, atestigua que en la región:

antes había muchísimas puntas de flecha talladas, de piedra de pedernal. Son las mismas que usaban los antepasados guachichiles para cazar y con esto también hacían fuego, raspando dos piedras de pedernal y de allí salían chispas. También se han encontrado fósiles de caracoles. [...] A las puntas de flecha les dicen “chuzos” en la región. Hace algunos años, la gente del lugar recolectaba muchos de estos chuzos, llenaban un costal y los vendían por muy poco dinero. Algunos daban pan por chuzos. [...] Lo de los chuzos todavía está vigente, pero ahora hay mucho menos, por lo mismo que han sacado tantos. Supieron que habían llevado muchos fuera del país y que había en museos de Estados Unidos. Piensan que los que hacían estas puntas de flecha eran los que vivían aquí antes, los guachichiles. (Diario de campo, diciembre de 2012)

Un habitante de la localidad cercana de Las Margaritas, quien ocupaba la función de comisario ejidal, confirmó que “antes había muchas de estas piedritas pero ahora ya casi no hay”. Según él, “los antiguos pobladores no dejaron nada más: ni vestigios de habitaciones ni pinturas, nada que ahora se pueda notar de ellos. «Ya se acabaron», concluyó” (Diario de campo, diciembre de 2012). Pues bien, aunque su identificación con ellos es ambigua, los habitantes actuales de los territorios antiguamente recorridos por los guachichiles conservan en sus memorias algunas huellas de su presencia; pocos de ellos saben que los antiguos pobladores de la región de Catorce y municipios circunvecinos se llamaban guachichiles.

Existen también nombres de localidades en estados vecinos que se refieren a los guachichiles, como Huachichil (El Huache) en el estado de Coahuila, cerca de Saltillo y Huachichiles en Durango. En algunas localidades del altiplano potosino y regiones adyacentes –Aguascalientes, Guanajuato, Coahuila–, también se usa la denominación de guachichil o huachichil para algunos grupos de danzantes de Conquista o de tipo matachín (cf. Martínez de la Rosa, Wright Carr y Jasso Martínez 2016: 251-278). Muchas de ellas también son llamadas chichimecas; recrean y a la vez reivindican el estereotipo del indio salvaje (Fig. 3). Otro tipo de danzantes, quienes buscan el rescate de las culturas prehispánicas, acuden a las mismas celebraciones religiosas y han adoptado un vestuario más directamente inspirado de las fuentes históricas, reproduciendo un imaginario en torno a cierto estereotipo del “indio chichimeca salvaje” (Fig. 4). También es el caso de Chichimecas Jonaz de San Luis de la Paz, Guanajuato (Fig. 5), quienes, en algunos casos, retoman además algunos elementos de la iconografía huichola.



**Fig. 3** Grupo de danza en la fiesta de San Francisco de Asís de Real de Catorce. Fotografía de Olivia Kindl, 2011.





**Fig. 4** Grupo de danza en la fiesta de San Francisco de Asís de Real de Catorce. Fotografía de Olivia Kindl, 2011.



**Fig. 5** Danza de Guerreros Chichimecas de San Luis de la Paz, Guanajuato, en presentación en el Museo Indígena de la COI. Fotografía de Silvia Gómez, 2015. Fototeca Nacho López, COI.

Hay quienes plantean que para los antiguos habitantes del Tunal Grande y del semidesierto resultó inevitable hacerse invisibles como grupo particular. Aunque escasos, algunos estudios recientes indagan en torno a esta posibilidad en la historia de los guachichiles y aventuran algunas conclusiones a partir del análisis de fuentes (Zapata Ramírez 2013: 78). En tal orden de cosas, ante un contexto social de profunda hostilidad que abarcó siglos e incluyó guerras sangrientas, masacres, esclavitud y violencia latente, la población habría terminado por asumir el discurso oficial, según el cual habían sido erradicados; todo ello, por salvaguardar su vida. Ahora bien, queda por explorar los desafíos que plantea a la historia y a la antropología el resurgimiento de la “identidad guachichil” y su reivindicación entre grupos sociales contemporáneos.

## CONCLUSIÓN

A pesar de la falta de datos que dejan muchos aspectos pendientes por aclarar, quise explorar algunas pistas que nos den indicios de posibles lazos entre guachichiles y huicholes. Lo anterior se enfatiza con la vinculación entre la figura del cazador-recolector en la mitología huichol y la región oriental de su territorio sagrado, que ellos llaman Wirikuta, situado en lo que actualmente es el altiplano potosino adonde realizan peregrinaciones anuales o bianuales.

A mi modo de ver, el problema de estos debates –cuyos ejes principales hemos sintetizado, sobre la ascendencia o no de los guachichiles sobre los huicholes– es su focalización en la cuestión de los orígenes de grupos humanos, basadas en teorías netamente culturalistas que plantean procesos de *aculturación* o, por el contrario, de conservación o continuidad a lo largo de la historia de cierta *esencia* indígena (o “núcleo duro”, en palabras de López Austin 2001: 47-65). Tales planteamientos implican una búsqueda de cierto grado de *pureza étnica* que, a todas luces, nunca existió. Además, este debate alude a niveles de *civilización* o *salvajismo*, pues los argumentos contrarios se basan por igual en la clásica oposición entre agricultores sedentarios y nómadas cazadores-recolectores. No obstante, sabemos –y los mismos autores citados coinciden en ello– que los grupos humanos mencionados han estado en contacto e interacción desde tiempos anteriores a la conquista española, aunque al parecer el impacto colonizador aceleró este proceso. Por lo anterior, han experimentado importantes cambios sociales y culturales a lo largo de la historia; desde tiempos prehispánicos, pasando por la época colonial hasta la actualidad, ocasionando una reconfiguración dinámica y multiétnica de las poblaciones de la Gran Chichimeca en general y de la frontera norte de Mesoamérica en particular. Sin embargo, lo anterior no permite confirmar la cuestión central de la supuesta filiación guachichil de los huicholes actuales.

Como comentario final, se observa que los discursos oficiales como los que leemos en las fuentes históricas raras veces coinciden entre sí ni entregan una imagen plausible de la vida de las poblaciones a las cuales se refieren. Las sociedades cambian y se adaptan a las condiciones históricas, políticas, económicas, en este caso impregnadas por una situación de conflicto generalizado. En efecto, ¿puede un estado de guerra reflejar cómo

vivían las poblaciones del desierto anteriormente? La escasez de datos históricos y evidencias arqueológicas que pudiesen arrojar más luz sobre la vida de los guachichiles es una señal que indica claramente que, por diversas razones que habría que averiguar –entre ellas, de carácter ideológico–, quedan muchas zonas ocultas en esta historia de *pacificación*. Por consiguiente, se requieren estudios especializados que investiguen los archivos aún no publicados, además de materiales y evidencias arqueológicas todavía sin registrarse o analizarse, acerca de este grupo humano poco conocido.

## Agradecimientos

Deseo agradecer al arqueólogo Francisco Samaniega por sus valiosos comentarios y aportaciones a los contenidos de este artículo. También expreso un amplio reconocimiento a los lectores anónimos de este texto en su proceso de evaluación, cuyas sugerencias han sido herramientas de reflexión enriquecedoras y estimulantes. El resultado es, por supuesto, de mi responsabilidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- AHUMADA, Pedro de (1943 [1566]) *Relación de la rebelión de los zacatecas y guachichiles. 1562*, “Apéndice I. Relación de Pedro de Ahumada”. En: Robert H. Barlow y George T. Smisor (eds.) *Nombre de Dios Durango, Two Documents in Náhuatl Concerning its Foundation*. Sacramento, The House of Tlaloc: 53-63.
- BRANIFF CORNEJO, Beatriz (1992) *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (1999) “La región septentrional mesoamericana”. En: John V. Murra y Teresa Rojas Rabiela (eds.) *Historia general de América Latina. Vol. I: Las sociedades originarias*. Madrid, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura: 229-260.
- CARRILLO CÁZARES, Alberto (2000) *El debate sobre la guerra Chichimeca 1531-1585*. 2 vols. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- (2003 [1999]) *Guerra de los chichimecas (México 1575-Zirosto 1580)*. Edición crítica, estudio introductorio, paleografía y notas de Fray Guillermo de Santa María, O. S. A. Zamora, El Colegio de Michoacán – Universidad de Guadalajara – El Colegio de San Luis.
- COELLO DE LA ROSA, Alexandre y MATEO DIESTE, Josep Lluís (2015) “Introducción: ¿Antropología vs. Historia? Una incómoda pareja de baile”. *Quaderns-e de l’Institut Català d’Antropologia*. 20 (2): 4-18.
- DEL MORAL, Paulina (1999) “La saga de los Mascogos. Una tribu afroamericana en busca de su libertad”. En: Paulina del Moral (ed.) *Tribus olvidadas de Coahuila*. Saltillo, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Coahuila – CONACULTA: 83-155.
- DIGUET, León (1992) *Por tierras occidentales entre sierras y barrancas*. México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos – Instituto Nacional Indigenista.

- FREJES, fray Francisco (1878 [1838]) *Historia breve de la conquista de los estados independientes del Imperio Mexicano*. Guadalajara, Edición del Estado de Jalisco.
- FURST, Peter T. (1996) "Myth as History, History as Myth: A New Look at Some Old Problems in Huichol Origins". En: Stacy B. Schaefer y Peter T. Furst (eds.) *People of the Peyote. Huichol Indian History, Religion and Survival*. Albuquerque, University of New Mexico Press: 26-60.
- FURST, Peter T. y MYERHOFF, Barbara (1966) "Myth as History: The Jimson Weed Cycle of the Huichol of Mexico". *Antropológica*. 17: 3-39.
- GAMBOA CARRERA, Eduardo (2004) *Norte*. México – Barcelona – Madrid, Museo Nacional de Antropología – CONACULTA – Instituto Nacional de Antropología e Historia – Lunewerg Editores.
- GERHARD, Peter (1996 [1982]) *La frontera norte de la Nueva España*. México, IIH-UNAM.
- GUTIÉRREZ DEL ÁNGEL, Arturo (2017) *Introducción a la visita del capitán Félix Calleja a las fronteras de Colotlán y el archivo Guadalajara 393: un análisis retrospectivo*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- GUZMÁN, Mauricio y KINDL, Olivia (2017) "Cosmopolítica versus etnonacionalismo. Conflictos en torno al uso ritual del espacio en Wirikuta". *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. 152: 217-265. DOI: 10.24901/rehs.v38i152.360.
- HERS, Marie-Areti (1989) *Los toltecas en tierras chichimecas*. México, IIE-UNAM.
- (2010) "El sacrificio humano entre los tolteca-chichimecas: los antecedentes norteños de las prácticas toltecas y mexicas". En: Leonardo López Luján y Guilhem Olivier (coords.) *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia – UNAM: 227-246.
- ISLAS, Martha (2008) "Las familias lingüísticas de la Gran Chichimeca". En: Andrés Fábregas Puig, Mario Alberto Nájera Espinoza y José Francisco Román Gutiérrez (coords.) *Regiones y esencias. Estudios sobre La Gran Chichimeca*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara – Universidad Autónoma de Zacatecas – Universidad Autónoma de Aguascalientes – Universidad Intercultural de Chiapas – El Colegio de San Luis – El Colegio de Michoacán – El Colegio de Jalisco – Universidad Autónoma de Coahuila.
- ITURRIOZ LEZA, José Luis (2009) "Etimología de la palabra huichol: un acercamiento histórico y sistémico". *Universos. Revista de Lenguas Indígenas y Universos Culturales*. 6: 105-117.
- JÁUREGUI, Jesús (2012) "Desde el océano (Háramaratsie) hasta el desierto (Wirikuta): la ruta huichola de las divinidades, de los peregrinos y de los infantes". Conferencia magistral presentada en el XVIII Congreso Internacional de Antropología Iberoamericana, notas manuscritas de la autora.
- JENNINGS, Jesse D. y NORBECK, Edward (1955) "Great basin prehistory: a review". *American Antiquity*. 21 (1): 1-11.
- KINDL, Olivia (2016) "Ritual Uses of Mirrors by Huichol Indians: Instruments of Reflexivity in Creative Processes". En: Emiliano M. Gallaga y Marc G. Blainey (eds.) *Manufactured Light: Mirrors in the Prehispanic World*. Boulder, University Press of Colorado: 255-283.
- (2019) "The Colors of the Desert. Ritual and Aesthetic Uses of Pigments and Colorants by the Guachichil of Northern Mexico". En: Élodie Dupey García y María Luisa

- Vázquez de Ágredos Pascual (eds.) *Painting the Skin. Pigments on Bodies and Codices in Pre-Columbian Mesoamerica*. Tucson, The University of Arizona Press: 102-125.
- KIRCHHOFF, Paul (1944) “Los Recolectores-Cazadores del Norte de México”. En: *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*. México, Tercera mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América – Sociedad Mexicana de Antropología: 133-144.
- LEÓN, Nicolás (1903) “Familias lingüísticas de México”. *Anales del Museo Nacional de México*. VII: 279-335.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2005) *Francisco Tenamaztle: Primer guerrillero de América defensor de los derechos humanos*. México, Editorial Diana.
- LONGACRE, Robert (1967) “Systemic Comparison and Reconstruction”. En: Norman McQuown (ed.) *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 5. Austin, University of Texas Press: 117-159.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (2001) “El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana”. En: Johanna Broda y Félix Báez-Jorge (eds.) *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*. México, CONACULTA – Fondo de Cultura Económica: 47-65.
- LUMHOLTZ, Carl S. (1986 [1900 y 1904]) *El arte simbólico y decorativo de los huicholes*. México, Instituto Nacional Indigenista.
- MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo (2014) “Lingüística histórica”. En: Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.) *Historia antigua de México*. Vol. I. México, Editorial Porrúa – Instituto Nacional de Antropología e Historia – Universidad Nacional Autónoma de México: 53-93.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA, Alejandro, WRIGHT CARR, David Charles y JASSO MARTÍNEZ, Ivy Jacaranda (2016) “Guerreros chichimecas: la reivindicación del indio salvaje en las danzas de Conquista”. *Relaciones*. 145: 251-278.
- MEYER, Jean (1989) *El Gran Nayar, Colección de Documentos para la Historia de Nayarit III*. México, Universidad de Guadalajara – CEMCA.
- MONROY CASTILLO, María Isabel y Tomás CALVILLO UNNA (1997) *Breve historia de San Luis Potosí*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- MONTEMAYOR, Carlos, coord. (2017 [2007]) *Diccionario del náhuatl en el español de México*. Nueva edición corregida y aumentada, México, UNAM.
- MOTA PADILLA, Matías Ángel de la (1870 [1742]) *Historia de la conquista de la provincia de Nueva Galicia*. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
- MYERHOFF, Barbara G. (1970) “The Deer-Maize-Peyote Symbol Complex among the Huichol Indians of Mexico”. *Anthropological Quarterly*. 43 (2): 64-78.
- (1974) *Peyote Hunt. The Sacred Journey of the Huichol Indians*. Ithaca – London, Cornell University Press.
- NEURATH, Johannes (2010) “Depredación, alianza y condensación ritual en las prácticas sacrificiales huicholas”. En: Leonardo López Luján y Guilhem Olivier (coords.) *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia – UNAM: 547-573.
- OLGUÍN, Enriqueta M. (2008) “Los huicholes en la Gran Chichimeca. Especulaciones en torno a las relaciones entre huicholes y guachichiles”. En: Carlos Viramontes

- Anzures (coord.) *Tiempo y Región. Estudios Históricos y Sociales, Volumen II*. México, Municipio de Querétaro – Instituto Nacional de Antropología e Historia – Universidad Autónoma de Querétaro: 369-387.
- OROZCO Y BERRA, Manuel (1864) *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.
- PERCHERON, Nicole (1982a) “La pacification des guachichiles et des pames de San Luis Potosí”. *Cahiers des Amériques Latines*. 25: 69-94.
- (1982b) “Contribution à une étude ethnohistorique: les Chichimèques de San Luis Potosí (Mexique)”. *Boletín Misión Arqueológica y etnológica francesa en México*. 4: 3-74.
- POWELL, Phillip (1996 [1975]) *La guerra chichimeca (1550-1600)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- RIVERA, José Antonio, RIOJAS LÓPEZ, Mónica Elizabeth y MELLINK, Eric (2019) “El Tunal Grande y los tunales asociados. Hábitat de recolectores cazadores”. *Revista de El Colegio de San Luis. Nueva época*. IX (19): 151-176.
- RODRIGUEZ-LOUBET, François (2016 [1985]) *San Luis Potosí y Gran Tunal en el Chichimecatlán del México antiguo. Arqueología y etnohistoria*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis – Fomento Cultural del Norte Potosino, A. C.
- ROJAS, Beatriz (1992) *Los huicholes: documentos históricos*. México, CIESAS – Instituto Nacional Indigenista.
- RUIZ MEDRANO, Carlos Rubén (2011) *Las sombrías aventuras del rey tlaxcalteco Juan Vicencio de Córdoba y los rebeldes de Colotlán, Jalisco, 1777-1783. Episodios de la resistencia política indígena en las postrimerías del periodo colonial mexicano*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- SAHLINS, Marshall (1997 [1985]) *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de 1961 [1547-1577] *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain, Book 10 – The People*. Ed. de Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson. Santa Fe, University of Utah – School of American Research.
- (1989 [1547-1577]) *Historia general de las cosas de la Nueva España*. 2 vols. México, CONACULTA – Patria.
- SALAS QUINTANAL, Hernán y PÉREZ-TAYLOR, Rafael, eds. (2004) *Desierto y fronteras. El norte de México y otros contextos culturales*. V Coloquio Paul Kirchhoff. México, IIH-UNAM – Plaza y Valdez.
- SANTOSCOY, Alberto (1902) “Diversos errores acerca de las lenguas indígenas del antiguo Obispado y del actual Arzobispado de Guadalajara”. *Anales del Museo Nacional de México*. T. VII, México, Imprenta del Museo Nacional.
- SAUER, Carl (1998 [1932]) *Aztatlán*. México, Siglo XXI Editores.
- ULTRERAS VILLAGRANA, Paulina (2007) *De región de frontera a región de rancheros*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis. Tesis de maestría.
- VALDÉS, Carlos Manuel (1995) *La gente del mezquite: los nómadas del Noreste en la colonia*. México, CIESAS – Instituto Nacional Indigenista.
- VELÁZQUEZ, Primo Feliciano (1982 [1946]) *Historia de San Luis Potosí*. 4 vols. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

- WEIGAND, Phil C. (1992) *Ensayos Sobre el Gran Nayar: entre Coras, Huicholes, y Tepehuas*. México, Instituto Nacional Indigenista – Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americano de la Embajada de Francia – Colegio de Michoacán.
- (1995) “Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa”. En: Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.) *Arqueología del occidente y norte de México*. Zamora, El Colegio de Michoacán: 115-137.
- WEIGAND, Phil C. y GARCÍA DE WEIGAND, Acelia (1996) *Tenamastli y Guaxicar. Las raíces profundas de la rebelión de Nueva Galicia*. México, El Colegio de Michoacán – Secretaría de Cultura de Jalisco.
- (2002) “Los huicholes y su búsqueda del peyote: ¿reliquia sacra de una antigua ruta comercial?”. En: Phil Weigand (coord.) *Estudio histórico y cultural sobre los huicholes*. Colotlán, Universidad de Guadalajara: 79-91.
- ZAPATA RAMÍREZ, Tania Libertad (2013) *Etnicidad e identidad étnica guachichil en el Tunal Grande, 1560–1620*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis. Tesis de maestría.